



Mes de Octubre
EL DESEO DE AMAR ES AMOR

El Evangelio según Lucas (11, 27-28)

En aquel tiempo, mientras Jesús hablaba, una mujer de la multitud alzó la voz y le dice: “Bendito el seno que te llevo y los pechos que te criaron”.

Pero él dice: “Benditos mas bien aquellos que escucharon la palabra de Dios y la observan”.

De una carta del Padre Pio a la sorelle Ventrella (Epsit.III. p. 554)

A las carísimas hijas de Jesús, Paolina, Vittorina, Elena y Filomena, salud digo en el dulce Señor. La alegría del divino Espíritu le diga a vuestros corazones y la de todos aquellos que quieran ser fieles a su gracia!

Respondo rápidamente a vuestra carta, pero brevemente porque me fe faltan el tiempo y la fuerza.

Por vuestra carta me he informado mayormente que lo que el enemigo quiere darles a beber por verdad. Pueda por lo tanto la presente llevarles aquel consuelo que les anhele de la gracia de Jesús y disipar de vuestro animo toda duda que el enemigo os haya suscitado.

- a) Tened por cierto, mis queridas hijas y hermanas, que todas estas dudas y perplejidades del espíritu están Esta es la pura verdad suscitadas por el demonio, por eso no les des ningún peso (importancia), desprécialo. Procura combatirlo siempre y soporta todo con resignación, y estad ciertas que en esto no ofendéis a Jesús., pero sin embargo le das un certificado mayor de vuestro afecto. Esta es la pura verdad y vosotras debéis esforzaros en creer, al menos con la punta del espíritu.*
- b) No dudéis de vuestro amor hacia Jesús ¿Cómo dudar de esto? ¿No sentís vosotras mismas este amor en vuestros corazones? Que cosa es aquel deseo ardiente que se manifiesta dentro de vosotras. Y bien, sabed y tenedlo firme, que esto es amor,*
- c) El deseo de amar es divino, es amor. ¿Y si es amor, como lo es en realidad, quien ha puesto en tu corazón este anhelo de amar al Señor? ¿Tenemos nosotros fuerza suficiente para crear un solo deseo santo sin la gracia? Por cierto, que no. Esto lo enseña la fe. Si en un alma hubiera solo el deseo de amar a su Dios, ya seria todo que es Dios mismo. Porque Dios no está donde no está el deseo de su amor.
Por lo tanto, quédate tranquila sobre la existencia de la divina caridad en vuestro corazón.*

CATEQUESIS

Una pregunta: ¿Cuánto me cuesta decir Padre nuestro y no Padre mío?

Como todos los años, comenzamos los encuentros de los Grupos de Oración con la consigna del Rosario; con este simple gesto cada uno de nosotros renueva su propio compromiso personal de recitar cotidianamente esta oración, muy ligada a la espiritualidad del Padre Pío.



Hemos dicho ya, otras veces que, aunque el origen histórico de esta fiesta (la victoria de una coalición cristiana en la batalla de Lepanto), está muy lejana de nuestro contexto histórico y cultural, es esta la ocasión para renovar nuestra fidelidad y nuestro reconocimiento hacia la Virgen María. Desde aquel 7 de octubre de 1571, muchas cosas han cambiado no solo a nivel social y político, sino también en el mundo católico: el cristianismo no es por una cosa (s más aquella estructura monolítica a nivel religioso único punto de referencia de los principios éticos; la separación drástica entre el mundo político y el espiritual que también era necesaria ha creado a menudo contraposición y verdadera y real persecución en diversos regímenes totalitarios. Si por un lado como creyentes miramos con sospecha y también con preocupación el evolucionar de esta sociedad aparentemente sin más reglas morales, con gran honestidad debíamos también admitir que este fenómeno llamado secularización, ha tenido una recaída, también en aquellos que buscan vivir una experiencia cristiana intensa. Han surgido áreas grises, una especie de pequeños compromisos cotidianos y una continuidad con el pecado venial l que requieren un camino continuo de conversión, quizás incluso en la vida práctica aquella centralidad de Dios que ha sido el alma de su apostolado se ha debilitado.

Por este motivo intentemos reclamar los elementos fundamentales de nuestro camino de fe a partir de cuanto evoca la fiesta de la Virgen del rosario, queremos proponer nuevamente antes que nada entre nosotros, entre los miembros del Grupo de oración que la centralidad y la soberanía de Dios en la vida del Hombre que tiene su origen en la creación.

Creo en Dios que ha hecho el cielo y la tierra

Más allá de la modalidad con la que el mundo se ha formado, en origen teníamos el acto creativo de Dios que es un acto de amor. Aquel amor que en la narración bíblica está representado como un espacio bien delimitado: el Paraíso terrestre.

La primera página del libro del Génesis nos presenta Adán y Eva que en este espacio diseñado especialmente para ellos experimentaron primeramente la delicadeza de Dios, que tuviese el deseo, luego de haber creado el mundo, el hombre, la mujer, maravillarlos con su Providencia. En la narración bíblica hay una detención, la falta de confianza de parte de Adán y de Eva hacia un amor tan grande; bastan pocas palabras de la serpiente para poner todo en discusión; no tienen más la capacidad dejarse sorprender por El, tiene prisa de llegar, de saber todo. El paraíso terrestre no es solo un espacio, sino también, en el cual a través de un gesto de obediencia, nuestros progenitores debían haber respondido al amor de aquel Dios que los había creado.

Esta imagen es un poco el prototipo de la existencia de cada uno de Dios. Es importante llamar de vuelta el concepto de Dios creador no solo para atribuir a El-como es justo- la primacía sobre nuestra existencia sino porque la creación no está hecha solo de espacio en el cual habitará el hombre, sino también de un tiempo, el tiempo de la fe es puesta a prueba “como oro en el crisol.” La oración es saber esperar en conciencia que el tiempo tiene la capacidad de dilatar nuestro espacio, trayéndonos además alegrías más ocasionales para darnos lo más profundo y duradero, , para abrirnos más allá de la cruz, a la resurrección; para ir más allá de nuestros pecados y hacernos experimentar la misericordia de Dios.

Santa teresa imagina nuestro corazón como un castillo hecho de estancias(*habitaciones*) concéntricas. En el centro, la estancia más interna, la más importante, está la visión de Dios. Se comprende rápidamente que esta estancia es accesible solo a través de un recorrido que va desde la estancia más externa ala central; justo en esta metáfora tenemos la idea de que cosa es el tiempo, Cada estancia marcada por la presencia de obstáculos, compromisos, renunciaciones, un camino que no tiene tiempo o fecha precisa: depende de nosotros, es nuestro tiempo, tiempo de Dios, para poder acceder a la estancia sucesiva.

Este trabajo, que podremos llamar como transformación de nuestro tiempo, vemos sucede cuando encontramos a dios en la primera estancia a través de la oración y la meditación. Es un



encuentro difícil a veces enrarecido por el pecado y las tentaciones; es un recorrido en el cual debemos aprender aquello que dice el Deuteronomio y que es recordado en el Evangelio de Mateo (cfr. Mt.22,37); “Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la fuerza” (Dt6,5)

Parece paradójico, pero amar a Dios no es un hecho simple, así como no es simple ningún tipo de relación que sea un verdadero amor. Intentemos, a partir de nuestra experiencia, a distinguir el amor, el verdadero, el que te pone en peligro, que te llena la cabeza, que no te hace pensar en otra cosa, del sentimentalismo casero y pasajero. Del mismo modo, es fácil rezar cuando hay necesidad de alguna cosa, conmoverse durante una liturgia, y- cuando el remordimiento nos muerde por dentro- es relativamente simple además humillarse y pedir perdón. Amar quiere decir poner a Dios al centro, un centro que lentamente debe ser capaz de unificar los sentimientos, comportamiento, prospectiva; si amor quiere decir permitir al Señor hacernos ver las cosas según su prospectiva, quiere decir aceptar a renunciar a nuestro modo de ver las cosas; el verdadero amor nos envía a un Dios que nos ha creado y guía nuestro tiempo quien tiene fe renuncia a gestionar:” su propio futuro.

En el discurso del 27 de marzo 2020, en ocasión de la bendición *Urbi et Orbi*, para invocar la ayuda contra el *coronavirus*, el papa Francisco bajo forma de oración se ha vuelto al Señor: “Llámanos para aprovechar este tiempo de prueba como un tiempo de elección. NO es el tiempo de tu juicio, sino el de nuestro juicio: el tiempo de escoger que cosa cuenta y que cosa pasa, de separar lo que es necesario de aquello que no lo es. En definitiva, amar a Dios y mirar de un modo nuevo el tiempo que estamos viviendo.

Un tiempo para amar, un espacio para vaciar

San Francisco, es descrito como el hombre convertido en oración; si quisiéramos conservar la metáfora del tiempo y del espacio, podremos decir que todo el espacio de su cuerpo ha sido habitado por el tiempo de la oración. No encontramos, en efecto en su vida la respuesta inmediata de parte de Dios, o certezas que han marcado cambios repentinos. En el *Testamento* a sus frailes, les da algunas pequeñas informaciones como había llegado a su conversión – “El Señor me dijo a mi, fray Francisco, comenzar a hacer penitencia así: Cuando estaba en pecado me parecía demasiado amargo ver a los leprosos y el Señor mismo me conduce a ellos y use con ellos misericordia”. Aquella historia - que a menudo en el film viene resumida en pocas escenas - es en realidad el fruto de un camino lentísimo, que de algún modo tiene su comienzo en el sueño-visión que tuvo es Spoleto, mientras viajaba hacia la Puglia con la esperanza de ser caballero. En el dormivela Francisco oyó una voz que le decía “¿Quién puede tratarte mejor: ¿el Señor o el siervo?” El respondió: “El Señor. Aquella voz replico: “y ahora por qué abandonas al Señor por el siervo? (FF1492)”. En aquel punto Francisco vuelve a Asís y comienza su lenta búsqueda de Dios, en la cual habrá un lugar para los leprosos, para la burla de sus paisanos, por la incompreensión y el aislamiento de su padre.

Hay mucha analogía entre Francisco y nuestra vida, que nos reduce los espacios y crea los silencios. Pero su historia no ha terminado, porque cuando llegaron los primeros discípulos, le parece que aquel grupo de hermanos para compartir su espacio vital había sido el arribo de su vida, llegaron otras preocupaciones. Dejemos que sea Francisco que nos cuente que sucede en aquel momento: “Y después que el Señor me dio los hermanos ninguno mostraba que cosa debía hacer, pero igual el Altísimo me revelo que debía vivir según la forma del Evangelio”.

El Evangelio se había vuelto el espacio en el cual debía vivir; “El tiempo esta cumplido, convertíos y creed al Evangelio” se había convertido en una elección de vida, en la que los programas, el futuro, los lazos afectivos fueron leídos con un único camino proyectado hacia el amor.” El amor no es amado” era el triste estribillo de Francisco; el hombre alegre, capaz de



mirar con alegría incluso la muerte, se sentía triste viendo que los hombres no correspondían al amor de Dios.

El corazón como espacio para la oración

No es simple amar como Francisco. En los momentos de dificultad a menudo los hombres retornan a Dios, el cual no se siente mal por el hecho de que solo ahora lo recordamos; así los acoge, los escucha, continúa protegiéndolos como lo ha hecho siempre. Una oración hecha así, solo por pedir algo, se vuelve una puerta, la ocasión dada para encerrarse y aprender una relación más profunda, como sucedió a Francisco. Pero no es simple amar como él.

Una hija espiritual, Vittorina Ventrella, maestra, instruida, pero también muy devota, confió al Padre Pío, no la dificultad de orar, pero la de en qué modo orar, sentir presente a Dios y amarlo del modo debido. “El deseo de amar, *in divino*, es amor-responde el Padre Pío-. ¿Y si es amor, como lo es en realidad, quien ha puesto en tu corazón este deseo de amar al Señor? ¿Somos nosotros suficientes para formar un solo deseo santo sin la gracia? Por cierto que no. Esto nos lo enseña la fe. Si en un alma no había nada más que el deseo de amar a Dios ya está todo, es Dios mismo. Porque Dios no está donde no está el deseo de su amor (Epsit.III. p.555).

Santa Teresa, San Francisco, San Pío, nos hablan de una oración que no cambia el destino del hombre, mas es capaz de crear en su corazón el tiempo de Dios. El corazón, en sentido metafórico es un espacio: creemos que es el lugar de nuestros sentimientos, de la voluntad, más también la capacidad de pecar. Es un espacio, a veces confuso, se vuelve desordenado, parece muy cercano a nuestro egoísmo. Sin embargo, el deseo de acoger a Dios ya nos hace capaces de comenzar el camino de amor que, como dice el Padre Pío- suscita siempre más en nosotros el deseo de amar.

Hombres y mujeres misioneros

Anunciar el Evangelio no es enseñar cualquier cosa o defender una teoría: solo cuando estemos llenos de Dios este amor desbordará y ahora comenzaremos a anunciar verdaderamente la buena nueva. La repetitividad de las *Ave María* de un rosario es de alguna manera bastante pesado, si pretendemos estar siempre vigilantes y atentos a las palabras que decimos. Debemos confesar que no todas las *Ave María* son iguales, algunas son dichas con más atención, otras parecen perderse en nuestros pensamientos. Intentemos pensar que aquel repetir casi obsesivo el saludo a María sea, a veces una tentativa de aprender a amar, a expresar muchas veces uno, luego del otro, nuestro sentimiento de amor de amor por un Dios que se ha encarnado se ha hecho hombre en el seno de María.

Intentemos recitar el Rosario pidiendo a María que nos comunique la sed que tiene Jesús de los hermanos, transformemos el amor en complicidad y participación en su historia de la salvación.